Sión prosperará

Versículo clave: “Y sabrás que yo soy el SEÑOR, y que no se avergonzarán los que esperan en mí.”
— *Isaías 49:23*

*Escrituras
Seleccionadas:
Isaías 49:14-23*

DESPUÉS DE LA GRAN promesa de salvación de la lección anterior, escuchamos quejas de Israel, aquí llamado “Sión”, de que Jehová los había abandonado. (Isa. 49:14). A lo largo del resto de este capítulo, Isaías les asegura que no serán olvidados. Volverán a su tierra, y sus enemigos serán expulsados

delante de ellos. El salmista, además, escribe sobre el amor de Dios por Israel, al decir: “El Señor no olvidará a su pueblo, ni abandonará su heredad”. (Sl. 94:14). En el Nuevo Testamento, el Apóstol Pablo hace otra afirmación de que Israel no será abandonado. (Rom. 11:1,2,25-27).

Israel sigue siendo amado por Dios y tendrá una parte destacada en el reino mesiánico, pero no será simiente de bendición. “Así dice el Señor DIOS: ‘He aquí, levantaré mi mano a las naciones’”. (Isa. 49:22). La simiente prometida de Abraham vendría a través de Isaac. (Gén. 21:12; Rom. 9:7; Heb. 11:17,18). El apóstol Pablo declara, además, que Isaac era simplemente una imagen de la verdadera simiente de la promesa, “la cual es Cristo”. (Gál. 3:16). Por lo tanto, Israel y su acuerdo de la Ley, que remonta sus orígenes a Abraham, Isaac y Jacob, no era el medio de salvación, sino solo como un “maestro” que lle-

varía a Israel a Cristo, para que pudieran ser “justificados por la fe”. (V. 24). Después de la primera venida de Jesús, todos los que son bautizados en él y se han “revestido de Cristo” fielmente han llegado a ser parte de la “simiente de Abraham, y herederos según la promesa”. (Vv. 27-29).

Las profecías de Isaías, como muchas en el Antiguo Testamento, eran un misterio cuando fueron pronunciadas, porque a menudo hablaban de eventos futuros en el plan de Dios que aún no podían entenderse. El Apóstol Pablo escribió: “Hablamos la sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, que Dios preparó antes de los siglos para nuestra gloria”, y continúa diciendo que este “misterio” nos es revelado a través del Espíritu Santo de Dios. (1 Cor. 2:7,9,10).

Como posibles miembros del cuerpo de Cristo, debemos ser muy conscientes de la segunda parte de nuestro Versículo clave: “No se avergonzarán los que me esperan”. Pablo testificó: “No me avergüenzo del evangelio de Cristo, porque es el poder de Dios para la salvación de todo aquel que cree”. (Rom. 1:16). A esto, Pedro añadió: “Si alguno sufre como cristiano, no se avergüence; sino que glorifique a Dios por esto”. (1 Pe. 4:16). ¿Qué hijo fiel no está feliz y deseoso de alabar a su padre terrestre? Cuánto más nosotros, como hijos de Dios, debemos cantarle alabanzas con alegría. Glorifiquemos así a nuestro Padre Celestial sin ninguna pizca de vergüenza.

Otro pensamiento perteneciente a la palabra “avergonzarse” es el de no estar dispuestos o estar restringidos en nuestro servicio a Dios porque tememos el ridículo o la desaprobación de los demás. Este sentimiento de temor fue una piedra de tropiezo para muchos judíos inmersos en las tradiciones de sus padres, lo que les impidió acercarse a Cristo. (Isa. 28:16; Mat. 21:42-44). Como explicó Pedro, Jesús es “la piedra rechazada por

ustedes, los constructores, pero que ha resultado ser la piedra principal. Ningún otro puede salvarnos, pues en la tierra no existe ninguna otra persona a quien Dios haya constituido autor de nuestra salvación”. (Hechos 4:11,12). “Entonces, hijos míos, permanezcan unidos a Cristo, para que, cuando se manifieste, tengamos confianza, en lugar de sentirnos avergonzados ante Él cuando venga”. (1 Juan 2:28). ■